



LA MUJER

REVISTA MENSUAL

DE LITERATURA Y VARIEDADES

Nº 2

Quito, Mayo de 1905.

SUMARIO

24 de Mayo de 1822, por Zoila Ugarte de Landívar.—A Rosita Dorje Cordero, por Lastenia Larri-
va de Llona.—Mayo, por Ana María Albornoiz.—
Los dos, por Mercedes González de Moscoso.—Re-
cuerdos de Mayo, por María Vázquez.—Quejas del
corazón, por Lucila Montalvo.—¡Pobre Martín!, por
María Natalia Vaca.—La caja blanca, por Delia
C. de González.—Llor y gratitud, por Doiores Ca-
brera Egas.—Corazón de madre, por Victoria Gar-
cía.—Sombra y Luz, por Josefina Veintemilla.—
A la mariposa, por Glorinda M. Chiriboga.—La
bravía, por Zoila Ugarte de Landívar.—Vari-
des.—Notas.

Imp. de la Sociedad "Gutenberg", por Francisco R. Valdez.

cial. Y de ahí que nosotros hayamos querido ayudarla con el modestísimo óbolo de nuestro entusiasmo para que se ensanche los horizontes de su actividad y conadyuve en la formación é incremento de nuestra naciente literatura.

Sin la mezquina idea de especulación, y guiados sólo por desinteresado patriotismo hemos tomado sobre nosotros esta empresa, no obstante la escasez de nuestras facultades. Nos damos por satisfechos de nuestros esfuerzos, una vez que nuestro llamamiento ha sido debidamente correspondido de parte de las señoras y señoritas que se consagran al cultivo de las letras. Nuestra gratitud y respetuosas consideraciones para ellas.

* *

Nos complacemos en enviar nuestro profundo reconocimiento á los órganos de la prensa que, en términos benévolos y cultos, se han dignado anunciar la publicación de esta Revista; procuraremos que en la elección de los trabajos que se nos envíen haya pureza de doctrina y elevación de miras, para que «La Mujer» no desdiga de su nombre ni sea nota discordante en el movimiento periodístico del país.

* *

El quince de cada mes se publicará «La Mujer», que constará por lo regular de treinta y dos páginas.

Cada ejemplar de la Revista se venderá á cuarenta centavos en las agencias de la Capital y de las provincias. Las personas á quienes enviamos este primer número serán consideradas como suscriptoras, ya que no es posible que se devuelvan los ejemplares, hoy que se trata de estimular á la mujer ecuatoriana; la suscripción adelantada será la de un suere por trimestre; para el extranjero con el 25 por ciento de recargo.

* *

Para todo lo relativo á esta Revista dirigirse á los Editores, Sres. Emiliano Altamirano, Luis C. Vásconez y Aureliano Silva N., Carrera Loja N. 4, cuadra 3.^a. Apartado N. 203.



ECUADOR



LA MUJER

Revista Mensual de Literatura y Variédades

AÑO I

QUITO, MAYO DE 1905

NUMERO 2

24 de Mayo de 1822

El Pichincha, se levanta majestuoso, dominando con su cumbre las yermas llanuras y montes vecinos.

Cuando el gigante ruga, se estremece el suelo, callan las aves asustadas, las fieras de los bosques huyen á sus guaridas, el día se cambia en noche, y los hombres mismos sienten el terror que inspiran las amenazadoras manifestaciones de la naturaleza.

El viento zumbador de las alturas hace penetrar el frío hasta los huesos, cuando se desencadena tempestuoso, se arremolina en las oquedades de las piedras y doblaga, en su furia, los pajonales de los páramos, que, á su vez, producen ese silvido peculiar, espeluznante, inimitable, que da sensación de hielo en el alma.

El 23 de Mayo de 1822, los repechos y barrancos del ~~Potosani~~ estaban impracticables por la lluvia: esos riscos escalonados, al borde de simas negras por lo profundas, son sepulturas abiertas, para el atrevido que quiera trepar al volcán, en noche oscura, si su planta flaquea ó tropieza casualmente.

El 23 de Mayo de 1822, tres mil hombres desarrapados, se agitaban al pie del Pichincha, cansados, lastimados los pies por la aspereza del suelo, en un largo y pe-

noso viaje; comenzado en las risueñas orillas de Guayaquil, y hecho primero, á través de matorrales y bosques seculares, como eran entonces los bosques de Machala hasta el Azuay; continuado luego, en las cimas de los Andes, por horribles desfiladeros, que se levantan sobre quebradas profundas, oscuros abismos, repechos infernales, verdaderos «gestos de la naturaleza» como los llama Montalvo, arrugas gigantescas, erizamientos de piedras, dignos de ser descritos por el Dante.

Cuatro meses había durado aquel fatigoso viaje; y ni los elementos, ni la oposición de los hombres que les disputaran el paso, en ese largo trayecto, fueron parte, ni para aniquilar sus fuerzas físicas, ni para amenguar su ánimo esforzado.

El calor, el frío, las planicies cubiertas de vegetación cerrada, las eminencias heladas de inhospitalaria cordillera, en los meses de invierno, nada pudo detener á esos leones, nacidos unos al pie del Avila, otros en las orillas del Magdalena, éstos, en las Pampas argentinas, aquellos en la tierra de Manco, y los nuestros, venidos del cálido litoral, del poético valle de Paucar-bamba y de las alturas de la Cordillera.

Ese memorable 23 de Mayo llovía á cántaros; la noche era fría y lóbrega; los cuatro picos del Pichincha, se arrebujaban en sus mantos de niebla, como negros gigantes en alquiceles morunos; como custodios eternos de la ciudad del Shiri Atahualpa Duchicela, el señor de la tierra.

Tres mil americanos venidos del norte, del sur y del centro del Continente se hallan al pie del volcán, de ese portento de la naturaleza, que allí se está, negro, imponente, amenazador, enriscado, como desafiando á que se atrevan á subirle.

Llueve y truena; el viento es huracanado, aterrador; intenso el frío, densa la oscuridad, resbaladizo el suelo; no importa: el enemigo les espera.

Quito ha tiempo que es cautiva: sus galas indias, las ha trocado por adornos de abalorio, venidos del otro lado del océano: esos arcos postizos no le cuadran bien; ella es bravía, su belleza es agreste, necesita algo menos femenino; es bronceada á pesar de la nieve que la rodea, los rayos del sol la calientan perpendiculares, la Línea Equinoccial es su diadema, y aún no ha olvidado las fiestas del Inti-rainy y mal se aviene con la guzla y la

guitarra españolas. Quito la bella, Quito la cautiva, espera á sus libertadores.

Los patriotas trepan: no tienen más afán que coronar las cumbres. . . . Cayendo aquí, levantándose allá, llegaron los de la vanguardia á las 8 de la mañana del glorioso 24 de Mayo de 1822, á la soberbia altura de 4.600 metros sobre el nivel del mar.

López, el traidor en Babahoyo, subía también del lado de Quito, anheloso por situarse á igual altura que los libertadores.

Iban á la vanguardia de los nuestros, dos compañías del *Magdalena*, una del 2, y dos del *Cazadores del Paya*; seguiales el batallón 2 del Perú con su jefe el Coronel Santacruz.

Los de la vanguardia tuvieron el envidiable honor de romper los fuegos, en la memorable batalla de Pichincha y de luchar solos como héroes, durante media hora, hasta concluirse su pertrecho y verse obligados á replegarse al grueso del ejército.

Reforzados por los batallones *Yaguachi* y *Piura* capitaneados por Sucre, y parte de la caballería al mando de Mires, volvieron con ímpetu al combate; faltáronles de nuevo las municiones y otra vez la vanguardia tuvo que replegarse; persíguenla los realistas; y entonces los patriotas les cargan con denuedo á la bayoneta.

Mientras españoles y americanos luchaban, así, por la victoria, los primeros pretendieron flanquearles á éstos la retaguardia, protegidos por unos matorrales y destacaron con ese objeto tres compañías del *Aragón*; pero su mala suerte hizo que tropezaran con el *Albién*, que subía escoltando el parque.

Albién, que con sus hazafías en la guerra de la Independencia Americana ha inmortalizado su nombre, les recibió como quien era.

Reunido ya todo el ejército patriota y apertrechado ya, se abalanzó sobre el enemigo con ímpetu tal, que puso en derrota al aguerrido ejército español, vencedor en Europa, conquistador en América, bien avituallado, descansado y orgulloso por la convicción de su superioridad.

Los vencedores persiguieron á los peninsulares hasta la misma Quito.

Tres horas había durado el combate; ¿quién podrá enumerar los hechos de bravura y abnegación realizados de una y otra parte?

La misma sangre hervía torrentosa en americanos y españoles: éstos, defendían la propiedad adquirida por la entonces valedera ley de la conquista, aquéllos la tierra en que habían nacido, la patria de sus hijos.

Tres horas duró el combate: á las doce, el sol esplendoroso de los Incas alumbró en su meridiano el campo del triunfo.

Se dió la batalla de Pichincha á la soberana altura de 4.600 metros, sobre los riscos de un volcán, casi al borde mismo del cráter!

¡Se dió la batalla de Pichincha, entre dos inmensidades: el mar y el firmamento!

Cuando las águilas luchan, luchan en el éter, en las eminencias de los picos, en alturas á donde no llega el ruido de la tierra; allí lanzan sus gritos, se destrozan, mueren ó triunfan!

Mudo estuvo el volcán, mudos los páramos que le rodean, mudos todos de asombro!

¡Seiscientos cadáveres quedaron en el campo de batalla; contándose entre ellos, el del infortunado, heroico Calderón!

Sobre esos cadáveres de valientes, no se posó el sucio cuervo; se cernió el cóndor rey de las Cordilleras!

ZOILA UGARTE DE LANDÍVAR.



A Rosita Borja Cordero

en su álbum.

Rosa! qué nombre tan lindo tienes!
 Quién ese nombre, niña, te dió,
 De los terrenos escasos bienes,
 El bien primero te regaló.

Dicen que hay nombres que dan ventura
 Y otros predicen fatalidad:
 El tuyo, emblema de la hermosura,
 Te anuncia eterna felicidad.

Rosa! no escucho nunca tu nombre
 Sin que palpito mi corazón;
 Y porque en ello nada te asombre,
 Oye la causa de mi emoción:

La virgen india que es nuestra gloria,
 La luz primera vió en mi Perú.....;
 Mas ¿qué te cuento? ¡Si aquella historia
 Desde la cuna la sabes tú!

Rosa se llama la postrimera
 Hija de mi alma, que ha de amparar
 Esa otra Rosa que se venera
 De los Cristianos en el altar!.....

Que ya lo sabes, también, preciosa,
 Se me figura vas á decir,
 Por la sourisa tan maliciosa
 Que hace tu fresca boca entreabrir....

Perdona, hijita, mis digresiones,
 Que son chocheos de la vejez:
 Sigo cantando tus perfecciones
 Y el roto hilo cojo otra vez.

¡Tus perfecciones! Hay en tu frente
 De los quince años el resplandor,
 Y está en tus ojos tu alma inocente,
 Toda pureza, todo candor;

Cual mar dormido, tu alma no siente
 Aun las zozobras de la pasión:
 Grácil figura de adolescente,
 Si crees rosa, eres rosa en botón.

Irradias vago, secreto encanto,
 Porque se juntan en tu alma sér
 Al de la niña supremo y santo,
 El atractivo de la mujer!

Cuando recuerdas que ayer el Cielo
 Fué tu radiosa feliz mansión,
 La vista apartas del bajo suelo
 Y alegra tu alma casta visión;

De esos arrobos, en tu retina
 Algo hay profundo, algo inmortál;
 Es una especie de luz divina,
 Luz de otros astros, luz sideral!.....

Mas ya te miro ruborizada,
 Y tu modestia no quiero herir:
 Rosa purpúrea, flor delicada,
 ¡Que Dios bendiga tu porvenir!

LASTENIA LARRIVA DE LLONA,

Guayaquil, Abril 4 de 1905.

Mayo

BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO-ECUADOR

Ningún amor más puro y tierno que el amor que nos inspira la Virgen Madre de Dios, la Estrella de Judea. Amante de esta sublime beldad, siento inefable gozo cuando rezo ante su altar bendito, especialmente en Mayo, mes que le está consagrado. Mas ¿quién no experimenta gratas emociones de piedad y recogimiento al entrar en los templos católicos en uno de los días de este hermoso mes? Las luces que iluminan el sagrado recinto; los suaves acordes del órgano; la estatua de María, tranquila y adorable; el grupo de doncellas que ostentan con orgullo sobre sus hombros la cinta azul, insignia de las Hijas de María y símbolo de candor y de pureza, todo respira fe y amor por la más compasiva de las Madres.

Y no sólo en los templos, sino donde quiera que late un corazón cristiano se alza un altar á la bendita Virgen. El acaudalado venera en suntuoso oratorio la imagen de María modelada en mármol y el infeliz labriego, que apenas tiene una humilde estampa, engalana su altarcillo con madreselvas y violetas, ya que Naturaleza es madre generosa que á nadie niega sus dones.

En la mujer es innato aquel sentimiento de ternura por María Inmaculada, á quien debe, además, inmensa gratitud por haberla levantado de la abyección en que yacía en la época del paganismo. Recordemos el tristísimo papel que desempeñaba en la sociedad de los primeros tiempos: considerada como un artículo de comercio y vendida en subasta pública, no tenía en favor sino sus cualidades físicas para merecer algunas distinciones del tirano que llegaba á ser su dueño; mas, si las Gracias no derramaban sobre élla los encantos de la belleza, entonces ¡pobre mujer! cuán dura su mísera existencia! Sujeta siempre á los caprichos de un bárbaro señor, no ambicionaba sino la muerte como término de sus desgracias. . . . Pero al fin brilló la luz del Cristianismo, vino la Virgen de Nazaret al mundo y la mujer ocupó el lugar que le correspondía.

Sí, mujeres cristianas, justo es que consagremos con afán nuestro amor y gratitud á la Virgen María. Tierra y ferviente más que en ningún otro mes, despiértese en el de Mayo la fe cristiana, al recuerdo de las glorias de la Virgen de inmarcesible pureza. Los cielos y la tierra le canten en unísona cadencia y el alma busque en la Sublime Beldad, la realización de las más santas esperanzas.

Para mí tiene además, este mes, un recuerdo impecedero: la despedida eterna de Belisa, amiga á quien amé con ternura. El primero de Mayo de 18... paseábamos las dos por los alrededores de la ciudad, evocando los mejores recuerdos de la vida, los de la niñez. Recorríamos un extenso parque de eucaliptos; la mañana era apacible y serena; las nubes, interponiéndose entre el sol y la tierra, hacían grata sombra y una brisa suave sacudía levemente las verbenas y trinitarias del campo al robarles el preciado perfume, mientras las aves, entre las ramas de los añosos árboles, entonaban su eterna melodía que es el eterno pregón de la grandeza de Dios.

Recordábamos de los tranquilos meses de Mayo en que juntas habíamos ofrendado á María nuestros primeros cánticos, que subían al cielo en alas del candor y la inocencia.

El término de nuestro paseo fué el lugar donde se venera á la *Virgen de la Gruta*, llamada así, por representar la aparición de Lourdes, ese portentoso milagro que inmortalizó el nombre de Bernardita de Soubirous. La bella estatua lleva blanquísimo vestido en el que resalta armonioso el celeste color de la banda que ciñe su cintura y descende en ondulantes pliegues; tiene las manecitas juntas en actitud suplicante, los ojos levantados al cielo, como implorando gracias y perdón para la humanidad, y los desnudos pies abaten suavemente las espinas de un zarzal, símbolo de las dolencias y miserias del mundo.

¡Cuán enternecidas nos hallábamos mi amiga y yo en aquel día memorable para mí! Dos lágrimas temblaban en las pestañas de Belisa, la hermosa niña de ojos negros y cabello rubio, pura como el lirio de los campos é inocente como la paloma que arrulla en la montaña. Su rostro encantador, iluminado con los resplandores de la

fe, inspiraba esa ternura especial que sienten las almas delicadas cuando contemplan á los niños dormidos ó á las aves muertas. Fija la mirada en el azul vastísimo del cielo, parecía buscar con ansia el puesto que le aguardaba allá, muy lejos, junto á los ángeles sus hermanos, entre nubes diamantinas y doceles de topacio. Belisa, entusiasmada, cantó delante de la Virgen, cantó con una dulzura inexplicable: su voz debió llegar al cielo y la Inmaculada Concepción debió escucharla sonriendo:

Ave maris stella,
Dei mater alma,
Atque semper Virgo,
Felix cœli porta.

Cada nota vibraba en el espacio con aquella melodía que sólo la divina inspiración puede dar á los mortales. Cantó la niña como un serafín debe cantar anté el trono majestuoso del Señor; pero ese fué su cántico postrero, fué el canto del cisne.

Al salir de la gruta, una ráfaga de aire malsano la hirió súbitamente. Llevóse la mano al pecho y me dijo con acento de triunfo: «¡Adiós! amiga mía, me llama ya la Virgen de la Gruta, visítala con frecuencia y cuando estés delante de Ella, no me olvides.»

En efecto, pocos días después, manos cariñosas adornaban con flores el blanco ataúd de mi llorada amiga y ponían sobre su pecho una azucena gentil, pero menos pálida y menos hermosa que ella.

Algunas Hijas de María, volvimos el último día de ese Mayo donde la Virgen de la Gruta, para rezar por nuestra compañera: todo lo hallamos como siempre: la gruta con sus plantas trepadoras, las pequeñas flores, la Virgen de dulce mirada, los árboles, las aves; pero faltábanos Belisa que tantas veces había elevado allí cánticos de amor á la bendita Virgen. Otra voz pura y argentina quizo reemplazarla, y temblorosa por la emoción, comenzó á cantar:

Ave maris stella,
Dei mater alma.....

Pero un sollozo espontáneo ahogó la delicada voz. Hubo un instante de silencio, de recogimiento, y al fin

lanzamos un gemido sordo, unísono, desgarrador, gemido de multitud atribulada: era que todas recordábamos el canto de la niña de ojos negros y de pelo rubio que ya no existía. . . . Pensábamos en Belisa, hermoso lirio tronchado en los primeros días de Mayo al soplo de la muerte!

Belisa amó con entusiasmo á la Virgen María y Ella le dió pronta recompensa llevándosela al Cielo.

ANA MARÍA ALBORNOZ.



Los dos

Cerca de mí los dos; *ella* muy grave
—y trece años de edad tan sólo cuenta—
luce vestido de amarillo razo
y en la frente corona de princesa.
El viste ufano pantalón y blusa
con adornos de mirto y hojas secas,
bota muy alta, cinturón, corbata
y gorra azul con lazos y visera.
Carlos es el menor, diez y ocho meses
y es un guerrero que en batallas piensa,
mientras sonriendo, con amor de madre,
canta á sus *hijas* su hermanita Aurelia.
Desde la cuna sentimientos nobles,
la Patria y la familia, santa idea!
creced así retoños de mi raza
y encantad la vejez de vuestra abuela.
Son hermosos los dos como las flores
que brotan en alegre primavera,
como rayo de luna que en las aguas
de transparente lago se refleja.
Él me pide juguetes á millares,
quiere tener soldados y cometas,
un caballo, una espada, muchas armas,
ella pide tan sólo una muñeca.
Y tengo que forjar cuentos, historias,
y hacerles entre besos mil promesas,
—si tú eres dócil, te daré juguetes,
á tí lo que me pidas, si eres buena.—
Y se van contentos y yo lloro
al verlos linocentes! Como sneñan,
no saben que la dicha se evapora

y que los sueños son aves que vuelan.
 Y tornan á mi lado y me preguntan
 en su idioma infantil—¿lloras abuela?
 —Es que un rayo de sol hirió mi vista.
 —No te gusta la luz? me dice Aurelia.
 —No me gusta la luz. Ella se ríe
 y de su voz las notas me embelesan,
 me acarician el alma y los bendigo
 ignoren siempre lo que son miserias!
 Giren ahora en el hogar dichoso
 y jueguen á batallas y á muñecas,
 que mañana vendrán las de la vida
 á borrar el azul de ese poema.
 Y cesarán las risas inocentes,
 se olvidarán coronas de princesa
 y en el hogar habrá como una sombra
 al ver vacío el sitio de la abuela.

MERCEDES G. DE MOSCOSO.

Quito, Marzo 21 de 1905.



Reguerdos de Mayo

Silencio sepulcral, se notó en la casa de la señora de noble matrona de la Capital. Sus virtudes, al par que las cualidades, físicas y prendas personales, han cautivado la atención de cuantos le rodean. Su esposo la idolatra y sus hijos la quieren, como lo merece una buena madre.

Llena está la casa de amigas sinceras y felices, apreciadoras de sus relevantes méritos y atraídas por la estimación con que sabe brindarlas. Jovial, atenta y cariñosa ha sabido conquistarse todos los corazones. ¡Se muere! . . . Es la voz general, que se oye por lo bajo y casi en imperceptibles palabras. . . . esto tiene aterrados á todos los circunstantes; y nadie se atreve á pronunciar otra palabra que la de alarma y desesperación.

Junta médica. . . . Los mejores de la población. . . . afamados por su ciencia y probadas aptitudes. Nueve son los que acuden, y todos á una declaran incurable la enfermedad; á menos que se la lleve á Europa, en donde, operada por importantes cirujanos, quizá consiga la salud. Mas como el llevarla es incompatible con su estado, hasta por el movimiento, yace en el lecho del dolor.

¿Qué es lo que pasa? La señora de la casa, la madre admirable, se encuentra enferma, y de aquí la alarma general.

Dicen que las ancianas desheredadas de la fortuna, entran á las casas sólo á sembrar la enemistad entre los miembros de la familia, con sus chismes y gazmoñerías. Pretenden acaso conseguir por este medio, el aprecio de las personas que les extienden su mano caritativa, para aliviar sus necesidades.

Dizque se valen de ellas, los que sin merecer entrar á hacer parte de una familia; sea por la diferencia de linaje ó por los vicios que en lugar de honorabilidad, han contraído; pretenden por este reprobado medio, conseguir á alguna incauta niña que, como la mariposa, se deja tomar entre sus abrasadoras llamas.

Más ahora, no es la recadera ni gazmoñera quien ha entrado aquí . . . es el ángel de paz . . . ; es la que sabe ocultar sus defectos, bajo los velos de una virtud sólida y afianzada con su amor á María, buscando en ella, el consuelo á su orfandad y miseria.

Por experiencia propia sabe que el socorro de esta buena madre, es el lenitivo á todos sus dolores, el consuelo en todas sus penas; el único remedio en casos desesperados «¡Qué buena madre!»

Al venir al mundo nuestro Dios, no se reservó otra fortuna que ésta, y para morir, no quiso legarnos otro tesoro . . . «¡Ahí tienes á tu madre! . . . »

En sus arcanos divinos, sabiduría de Dios, dió al hombre madre . . . sabía que este corazón era capaz de todos los sacrificios . . . la imagen de su amor. Era su hechura, y no podía desconocer su obra, y como tal, abnegada; había de ser paciente, tierna y cariñosa . . . ¡Madre! . . . Don precioso del cielo!; dignidad de la humana estirpe, mentís solemne contra el egoísta corazón humano.

Acudamos á María Santísima dice . . . Y esa voz reanima todos los corazones, alegra los semblantes, y mueve la fe en ese hogar entenebrecido!, mustio! y desalentado por el sufrimiento. Acudamos á ella!

Con su consejo, dáse principio á tres novenas consecutivas, en honor de la Santísima Virgen que bajo la advocación de Nuestra Señora del Rosario de Pompeya, se venera en este lugar.

Había concluido ya la primera. La enferma no da señales de mejoría . . . la segunda . . . y se empeora de tal manera que se desespera ya del éxito anhelado.

Según dice San Juan de la Cruz, renombrado por tantos milagros: Dios hace con sus criaturas, lo que un padre con su niño, cuando desea educarlo. Le manda traer alguna cosa pesada superior á sus diminutas fuerzas. Por obediencia, practica éste lo mandado, más sin poder. Lo ve jadeante, que apenas sus brazos pueden sustentar el peso, y conmovido por este acto de obediencia, lo toma en sus brazos y alzándolo con el peso que lleva, lo estrecha amorosamente contra su corazón.

Esto es lo que ha hecho en esta ocasión; quiso aquilatar la fe de sus adictos y creyentes hijos; y cuando ésta había subido á su colmo ¡prodigio inaudito!, estaba curado.

Ya no la tristeza, sino la alegría, la paz, el reconocimiento, reinan en este hogar . . . María tiene el secreto de la dicha . . . La

fe levanta el pavoroso velo de la orfandad y en siglo del descreimiento, es uno de los golpes dados á la impiedad.

María ha rehabilitado su sexo abatido por tantos años en el paganismo, y ha ennoblecido á la decaída posteridad de Adán.

Mujer! diviniza el amor puro.....

Madre! es el amparo de la humanidad.

Al escribir por primera vez en esta Revista, y en este mes consagrado á María; no podía haberme ocupado sino de la que en el presente mes atrae con especialidad los corazones y las miradas de todos los creyentes.

Un fin nos proponemos en la naciente Revista: enaltecer á la mujer. Pues bien, enalteciendo á la que es reina de todas las mujeres, hemos enaltecido á la mujer. Haciendo conocer sus portentos, hemos hecho un bien á la sociedad, apartada de la felicidad positiva y verdadera, cual es la fe.

Fe y devoción á María serán las que salven á la humanidad.

MARÍA VÁSQUEZ.



QUEJAS DEL CORAZON

Una ansiedad terrible me devora,
Va el dolor marchitando mi existencia,
De mis padres reclamo la presencia
Y el consuelo en mi pecho se evapora.

El tiempo pasa y el alivio esconde,
Sin escuchar mi voz acongojada;
Vivir! se vive cuando el alma helada
A esperanzas del mundo no responde?

En vano imploro compasión! en vano
Veo en sueños la imagen de mi padre,
Oigo la voz de mi querida madre;
Do quiera tumbas! ¿dónde está mi hermano?....

Del triste Sena en la apartada orilla
Cubre sus restos olvidada loza,
Nadie ofrenda una lágrima amorosa
Y ni una flor en su sepulcro brilla.

En medio de orfandad, bajo las penas
 Peregrina doliente sobre el mundo,
 Mi cantar es siniestro, es gomebundo,
 De amargura mis noches están llenas.

Cuando libre se encuentra la memoria
 Y viene al corazón la dulce calma,
 Es cuando veo arrebatada mi alma
 Unirse con los míos en la Gloria.

LUCILA MONTALVO.



i Pobre María!

(Continuación).

Z. es la más bella y risueña población del Ecuador. Para quien ha visto la primera luz en ella, especialmente, es un paraíso una «tacita de oro», una Italia en miniatura, puesto que, su vóveda sidérea clara y azulada siempre, así reparte de magnificencia en invierno ú otoño como en primavera; no conoce distinción acerca del cambio en estaciones. Su horizonte es puro y extenso hasta en la noche; ya se halle vestido de los blancos ropajes de la luna, ya siquiera del confuso y lánguido parpadear de los crepúsculos.

Abrense las flores al arrullo de auras que traviesas juguetean y conversan de amor con los jardines, robándoles su aroma sin que ellos se preocupen de impedirlo; las fuentes bullen cadenciosas como en suelo propio, de vez en cuando prestan favor á las neblinas que, impregnando sus alas de vapor se devuelven á la tierra y la acarician, eso sí, lo bastante á refrescarla. No suceden estas cortesías sino como si dijéramos por muerte de un judío, pero la Naturaleza es pródiga y sabe lo que se hace, Z., en fin, es una niña que apenas sale el sol, parece complacerse en destrenzar su cabellera rubia y enviarla hasta las fajas orladas de su cielo que perdiéndose en listones rojos y de más colores que envidiara el iris, bajan á besar y secretarse con la hermosa porción de cordillera que casi la rodea por completo.

Sus calles medio angostas pero bien trazadas, ven á lado y lado casas de uno y de dos pisos de aspecto muy alegre: blancas como túnicas de virgen unas, de aire bien coqueto y llenas de colores cual traje de andaluza, otras.

Cada hilera de manzanas que lleva en las paredes un número y el nombre conductor de las carreras, descuboca ya en la prin ci-

pal ya en otras plazoletas pequeñas y empedradas; todas á excepción de la plaza del Mercado, tienen una iglesia, su césped que cubriéndolas verdea clareado por el sol, y su pila de agua fresca y de linfas cristalinas como la conciencia en donde no ha posado ni un remordimiento.

Abajo y con seguir un poco hacia el noroeste cruza el pintoresco río; bordan sus orillas algunos capulíes de talla gigantesca, muchísimos perales, limoneros, naranjos y duraznos; prestando los unos su color de flores y de frutos en botón y los otros el aroma y nitidez de sus azahares forman el conjunto más bello y más poético en la población de Z. Se alza hasta una especie de rara competencia entre ellos, á la mirada observadora de quien ve en aquel pedazo quitado del Edén, la mezcla de árboles hermosos y variados.

Pasa y pasa el río murmurando entre guijarros y pedrones grandes. Cinta de bruñida plata presta sus olcajes y lleva sus contentos suaves de madre cariñosa cerca de la cuna de su hijo pequeño, á una infinidad de quintas y casitas campestres que, de trecho en trecho, surgen de entre el follaje. Allí, además de otras verduras, se ven geranios, campánulas, enredados de mastuerzos y rosas «Luis Felipe»; se oyen las cadencias del aura en el cimbreo de troncos y de ramas, y los gorjeos de los mirlos y gorriones.

Esas, esas vogas gentiles de mi patria que mi pluma no alcanza á describir, se extienden á una legua de distancia, poco más ó menos. Principian en las faldas de un pequeño monte y así tan pintorescas y dignas de que el lienzo de un pintor las reproduzca después de contemplarlas, acaban en los «Tilos», gracioso caserío también, con su iglesia y tres ó cuatro quintas de familias ricas. Allí, por una especie de capricho y sin que parezca que arquitecto humano edificara aqúese monumento, sino la misma naturaleza, se levanta en medio el edificio de la Escuela de Artes á la que concurren alumnos desde Z., grande, majestuoso, rodeado de palmeras y nogales centenarios; más allá y estos mismos árboles envuelven en sus copudas frondas la mansión que oyó el primer vagido, ya como una endecha, de uno de los vates más sentimentales, compatriota mío. Allí lo espiritual, las sendas perfumadas, el rumor del campo, aquellas languideces, las dulces ambiciones, la aspiración indefinible, en fin, llamada Poesía.

De la población al caserío comunica fácilmente el paso de tres puentes: dos al terminar dos vías en declive y otro donde acaba la extensa calle real de Z. En esta misma calle y casi desde una plazoleta llamada el «Porvenir», desplégase un fragante callejón sombreado de eucaliptos y al espacio de dos cuadras en que ya aparece al frente la vista de los «Tilos» y lejos todavía los altos en que se halla colocado el puente del «Moral.» Este es un paisaje arrebatador; lo corona á la derecha una de las quintas más risueñas, teatro del horrible drama, de la escena más triste que vió de luto mi niñez.

Era el mes de Mayo, el mes de las florestas y los días tibios; el mes en que las brisas, y los soles, y los mundos, forman un solo himno y cantan á una voz *¡María!*

Venus coronada de hermosura, la Naturaleza entera parecía sonreír, empero silenciosa y bajo el peso de una atmósfera sombría

se alzaba la casa del Moral, llamada así por ser la más contigua al puente de este nombre.

En uno de sus gabinetes decorado con mucha sencillez é impregnado de aromas de violeta, y al cual no penetraba sino el tinte de muy escasa luz por entre los tejidos de una artística cortina de emparrado y madreselvas que cubrían las ventanas, pálida y llorosa se veía á una mujer joven delante de un altar. Su hermosísimo semblante reflejaba toda la amargura de esos cuadros que retratan á las bellas Madonas del Dolor.

Casi recostada en un sillón, parecía encontrarse sumamente enferma: tal era la fatiga y sequedad con que aspiraba el aire embalsamado de su estancia, tales las sonrisas muertas en sus labios, lo grande de sus ojos! Y cómo se posaban apagados por lágrimas de angustia, ya en el mudo teclado de un piano, ya en las caras risueñas de dos niños que allí revoloteaban, ya en fin, en lo apacible y tierno de la Virgen delante de la cual se hallaba! Creía que sus labios se abrían para hablarle de cielo y de esperanza! Qué horrible sufrimiento, qué horrible tempestad en su alma!

Se hubiera retorcido de dolor en medio de su inmensa noche; quizás habría estallado en espantosos é incoherentes gritos, tal vez habría acabado rompiéndose en pedazos las fibras de su pecho, si allí no se encontrara la imagen de esa Virgen.

¡Santa y bendecida Fe! Peñón donde se quiebran las olas tenebrosas del mar de este mundo!

Nueva Magdalena, bañaba esa mujer con lágrimas, tal vez ya sus despojos, y las bellas cabezas de sus hijos, colmándolas de besos, y las flores, y el recuerdo que llenaban su estancia tristemente.

Adelfa solitaria y moribunda, pronto iba á acabar!

Allí como enclavada ya se había aterrado viendo que en desfile pasaban las sonrisas y juegos de sus hijos, fruto de su amor, con toda la frescura y brillantez de auroras y de luces que fueron nada más; ya en su soledad los creía abandonados como en un desierto. Habría deseado que su sombra nunca se extinguiera y á pesar de que, viuda muy temprano, había sufrido mucho y su alma dolorida se sintió tan vieja, que la tierra y los tintes matinales, y la luz le parecieron ya ancianos ateridos y en perpetuo invierno,

Y tuvo mucho frío, y vaciló su cuerpo, y enfermó en estado de esperar la muerte y nada más. Las voces de otros mundos, algo muy siniestro, ese algo parecido á la locura se erguía, se erguía en su cerebro.

Un sacudimiento nervioso y un acceso horrible de tos que amenazaba romper materialmente las tablas de su pecho despertaron á esa madre de aquellos pensamientos tan abrumadores. Pocas horas después. . . Un féretro, una Cruz, una blanca estatua de María surgiendo de entre tules y arceboles negros; dos niños enlutados y una sirviente anciana que dormía, completaban ese cuadro desolado y triste.

Allí se difundían aromas de jazmines y esencia de claveles y de rosas blancas, pero ya partiendo únicamente de coronas que en lenguaje místico, parecían mezclar gemidos y oraciones sobre un féretro.

—«Deja! no la toques, Edmundo, no la toques se ha dormido»; decía muy quedito, María, uno de los niños que hemos vis-

to de carita blanca y sonrosada como flor que se abre.

—No? ¿Y si tengo frío, si quiero que me acueste? Ves? en todo el día no nos ha llamado. Dí; ¿por qué le han colocado así sobre una mesa con luces y coronas? ¿Por qué todo está negro?

—Calla, calla por Dios que si nos oye... Edmundo tengo miedo!... Mamá nos había dicho que en el cielo hay ángeles que á veces vuelan de la tierra, y si ella habrá pedido á alguien unas alas y ya nos ha dejado?

—Dejarnos! Ah! las madres no hacen eso cuando no hay Papá, ¿con quién nos dejaría?

—Tal vez con esa Virgen... Te acuerdas que lloraba ayer delante de ella después que Catalina le hablaba de salud!... Y se hizo levantar para peinarlos y hacer que allí rezáramos entrambos?

—Sí, pero la Virgen no sabe comprar dulces, ni juega con nosotros. María, yo tengo hambre. Mama, mamá! despierta interrumpió de pronto el niño. Y tomando á su hermanita de la mano, ven decía, ves como está triste y parece que llora como anoche?....

Entonces levantaron ambos sus caritas blancas y alzándose en puntillas pugnaban por llegar á contemplar de cerca la cara de su madre y no lo consiguieron.

María demostraba tener unos cinco años y Edmundo sólo cuatro ó menos todavía.

La criada roncaba en el momento como Pedro y los demás apóstoles en Getsemaní cuando la oración de Cristo; de modo que los niños acercaron una silla y sin que tratara nadie de impedirles, subiéndose sobre ella, juntos principiaron á mover la inanimada cabeza de su madre.

—Mamacita, mamá! quejábase María, con acentos de polluelo abandonado sobre el nido, ¿duermes? y puso su boquita fresca en los labios transparentes y secos de la muerta.

—Fría, fría, Edmundo, repitió temblando al oído de su hermano. Fría!; los ángeles son fríos?.....

El niño levantó su mano pequeñita y muy despacio y asentando sólo las puntas de los dedos en la frente y las mejillas de esa mujer pálida, palpó que ciertamente conservaban la extraña rigidez y frialdad del mármol. Ya no pudo más, y estrechando su cuerpo entumecido al delicado y tierno de su hermana, quizás adivinando en su dolor de niño que entre ambos eran huérfanos, se puso á lamentar inconsolable.

María era mujer y ya con la ternura é instinto apasionado y religioso capaz de distinguirla, abrió los brazos á su hermano y juntos sollozaron, y entrambos confundiendo sus bellas cabecitas pronunciaban ¡MADRE! y le pidieron besos y quisieron pan.

Allí, allí en presencia del cadáver de quien no los veía sino ya desde el cielo, sintieron á la vez el hambre, el padecer, el frío, la orfandad en fin.

El lloro de los niños puso en movimiento á Catalina, la criada anciana que dormía. En medio de suspiros y esa especie de tonata lúgubre que usan los del pueblo y más distintamente en los lugares situados en la sierra cuando lloran, dirigióse hasta los niños y así estrechados como estaban los bajó tratando de aque-

tarlos; siendo vanos sus esfuerzos por conseguir que se acostaran; María no lo consintió.

—Sin rezar, decía, no por Dios! Edmundo, si mamá nos deja con la Virgen y ella nos enseña á leer, si baja del altar á nuestras camas á mecernos ¿á quién le rezaremos?

—Al alma de tu madre, respondió una voz.

En ese mismo instante y sabedora de que esos pobres niños se encontraban solos, solos en el mundo llegaba desde lejos una tía á hacerse cargo de ellos.

Poco tiempo después los lirios que la mano devota de su madre colocara delante de un altar, ¡ah! sin vida que mustios se encontraron. Y la luz, la tenue luz de aquella lámpara testigo de sus días y sus noches bonancibles como el mar cuando retrata celajes de la tarde, esa luz que nunca se apagara en Mayo, trocada se veía por el siniestro fulgor de cuatro cirios que tristísimo recuerdo dejara en la memoria de los huérfanos.

Los dos habían sentido morir su corazón; los dos debían cruzar sin fin por los eriales y sombras de esta vida.

¿Qué en verdad nos queda á los que somos así desheredados del afecto y de los besos de ese ángel de ternura que decimos madre? ¿Tenemos por ventura más norte ni más guía que la humilde tumba que encierran sus despojos?

Todo había cambiado en la quinta del Moral; mi madre había acabado presa de amarguras y esos pobres niños que más tarde se vieron precisados á salir de su heredad por deudas de su padre, éramos mi hermano y yo.

Yo que trémula he copiado aquello que hondamente grabara la desgracia en mi alma apenas principié á vivir!

Todo había cambiado! mas sólo una cosa era la misma; sí la misma de mirar tranquilo, la misma que inclinaba su rostro hasta mis sueños: Ella, la figura sagrada de la Virgen, Ella la que es Madre de cuantos avanzamos vacilantes, solos. María que también sintiera la orfandad allá sobre el Calvario, no, no tiene faces; nos consuela, nos ama en todo tiempo. Díganlo mis labios, hablen mi esperanza, mi amor por esa Virgen; ¡Ella la que inspira mi laúd sin armonías, Ella, la que aparta solícita mis dudas y cuenta mis dolores y apacigua y temple el batallar continuo de este corazón.

Para Ella los recuerdos que he podido recoger de Mayo: arriba hasta sus plantas, mi pluma que, empapada en lágrimas, ha escrito en mi cartera destinada á fenecer conmigo, su nombre tantas veces años después mi tía había muerto; mi hermano se alejó á una población distante reclamado por su padrino de bautismo que quería educarlo, y yo quedé en poder de una señora viuda de un pariente cercano de mi tía y amiga de mi madre, no ya en el caserío risueño de los «Tilos», en donde ví por vez primera la luz de mi existencia, sino en la población de Z.

El tiempo había apagado un tanto la impresión horrible de aquel día perdido en los follajes del Moral.

Crecí como ave que volotea y posa sobre ruinas, como flor de estío ávida porque una gota de calmante lluvia bajara á mitigar mi sed, mi ardiente sed de que otro corazón gemelo con el mío latiera con los mismos unísonos acordes, y en breve, muy en breve me encontré á las puertas de la adolescencia, ¡Esa adolescencia

perdida en sinsabores, vagando entre el fastidio de gentas y de nombres; fría, fría como eco de sepulcros, como planta exótica al abrigo siempre de un extraño hogar. Crecí llorando sola y sola también y sin pararme á descubrir las sombras del mañana, amó...

Eramos del mismo pueblo: el interno de un colegio de Oblatos, con anteojos, yo la chica más *leída y escribida* de mi escuela, que con letras parecidas á patas de mosquito ó caracteres chinos, apenas si sabía delinear mi nombre. Orgullosa luego, basada en mi saber, cada año me sacaba el primer premio en los exámenes por sobresaliente en Historia Universal y más en Geografía.

¡Pobro yo! Contaba solamente con trece años y amaba en esa edad y ya era desgraciada; ya los sinsabores vertidos en mi copa me obscuraron hiel y vacilé, y morí!

Vehemente por naturaleza, de alma soñadora y terna, con la amplitud incabable y colosal de lo infinito, amé!

Huérfana desde la infancia, hasta el dintel de los trece años jamás tuve otro afecto que el de la gratitud, jamás tuve otro ensueño. Como esas flores que nacen y se mueren al borde de las tumbas sin que nadie tal vez haya llegado á preocuparse de ellas, así tan fría mi niñez creció y se marchitó.

Sí, sí, las puertas del dolor se abrieron, la desgracia con mano indiferente me imprimió su sello de injusto padecer y de perpetuas lágrimas, si llanto y padecer se llaman. cierto, en muchos corazones como el mío los castos y dulcísimos efluvios del primer amor.

Dos ojos soñadores hermosos y tranquilos como el mar en calma, velados por pestañas larguísimas y espesas; dos labios pétalos de rosa que el pudor y la inocencia delinearán y que al reír mostraban con orgullo dos hileras también de dientes nacarados, y en graciosa curva la primera pincelada de fino y delicado bozo; una nariz aristocrática y correcta como cincelada en mármol de Carrara; una frente blanca y un tanto levantada, con esa majestad y esa nobleza que el talento graba y á la cual servía de dosel bellissimo una preciosa cabellera rubia con ese rubio de trigal maduro, y de ondas algo sueltas; un adolescente, copia de un Adonis, de Rafael ó de Miguel Angel, había robado mi ignorada calma.

MARÍA NATALIA VACA.

(Continúa).

LA CAJA BLANCA

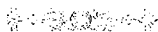
Voy á sacar la caja de mis recuerdos,
voy á ver las reliquias que en ella encierro,
á contarles mis penas tristes, muy tristes,
que vagan en el éter y en mi alma gimen.
Cabellos de mi madre, canas bonitas,

ricito de oro, rubio como la espiga,
 consejos que me daba con honda pena:
 cinta, con que las manos le ató ya muerta,
 Una carta que el llanto ya la ha borrado,
 flores que el tiempo ha muerto como á las que amo.
 Un zapatito blanco como la nieve,
 recuerdos que nos dejan los que nos quieren.

Las dos me abandonaron, tan sólo queda
 esta caja querida que tanto encierra;
 estas preñadas sagradas del alma y la
 consuelo de mis penas y mi desdicha.
 Por eso con el alma, triste, muricando
 abro la blanca caja de mis recuerdos,
 beso las blancas canas, el rubio rizo,
 el zapatito blanco de opaco brillo,
 la carta sin perfume, las mustias flores,
 y la caja que tanto dolor esconde.

Todo, triste, lo guardo, todo lo dejo
 en el puro santuario de mis recuerdos;
 si ya me abandonaron, ya no regresan,
 si al irse me dejaron, tan sólo penas,
 y estos tristes objetos que no me escuchan,
 pedazos de materia que no hablan nunca.
 En vano mis sollozos, gritos del alma,
 en vano mis pesares, cuento á la caja;
 ni una frase que calmo mis sufrimientos,
 ni una sola esperanza tenéis recuerdos.
 Nada de lo que *ellos* por mí sentían
 ilusiones del alma, como *ellos* idas,
 al irse se llevaron frases, sonrisas
 y me dejaron penas para la vida,
 y me dejaron sola, sin más consuelo
 que esta caja querida de mis recuerdos.

DELIA C. DE GONZÁLEZ.



LEOP y gratitud

á las Señoras Redactoras de "La Mujer"

Permitid, nobles Redactoras, que la última de vuestro sexo, inspirada por la luz que vuestra inteligencia irradia en la mía, y confiada en vuestra suma benevo-

lencia, á pesar de mi pequeñez, inspirada sólo del entusiasmo y el contento, os dirija una palabra de aliento, alabanza y gratitud por la brillante aparición de vuestra moral é ilustrada Revista «La Mujer.»

Justo es que hoy me guíe por las enseñanzas que la misma Naturaleza nos presenta, á fin de manifestaros que esta grata novedad no es asunto que debe sorprenderos porque ya debíamos esperarlo; así como no maravilla mucho el hallazgo de tesoros escondidos, cuando no ignoramos que en las entrañas de la tierra se esconden tesoros de oro y pedrería, que un día ú otro tienen de ser hallados.

Es constante por la experiencia, que toda aurora plácida y risueña nos trae casi siempre un día de primavera, que nos convida á ocuparnos dulcemente en nuestras diarias tareas sin temor de huracanes ó tempestades. Así también enseñan los astrónomos que hay estrellas de muy grande magnitud, mayor que la del sol aún, y á tan enorme distancia, que su luz no llega todavía á nuestro planeta, á pesar de la casi indivisible rapidez con que se comunica en los espacios; pero que, al fin y al cabo, llega día y hora en que esa luz venciendo la distancia, brille en nuestros ojos, y alegre nuestros continentes.

Asímismo la astronomía de la prensa y de la ciencia nos enseña, que en el ciclo de la inteligencia humana se encuentran grandes soles del saber, cuya irradiación no llega á la sociedad sino, poco á poco, después de haberse dilatado densa y suavemente la luz.

Hoy en nuestra Patria, en nuestra sociedad nos ha sonreído una aurora de agradables y variados colores; ha brillado la luz de esas estrellas á incommensurable distancia colocadas; han vencido aquellos rayos luminosos de saber y verdad, y ha comenzado ya el día esplendoroso en que la mujer tras la noche tenebrosa del desdén con que la han visto los hombres ilustrados, luzca como estrella de bellos esplendores en los espacios de la inteligencia humana, y acompañe al hombre no sólo en la vida material y moral del hogar doméstico, sino también en la vida y hogar intelectuales.

¡Sí! Porque la Revista Literaria «La Mujer» brilló entre nosotros cual aurora, estrella y sol refulgentes, á pesar de las tinieblas que quisieran ocultarlas. Este es un gran acontecimiento que hará época en nuestra historia literaria, por el desenvolvimiento intelectual que, en

adelante, cambiará en el Ecuador, la condición de la mujer.

Sonó la voz de «La Mujer», voz simpática vibrante, imperiosa, llena de amor, de moral y de inteligencia, y prorrumpió el corazón de la mujer en exclamaciones de regocijo y gratitud.

Sonó la voz de «La Mujer», voz de alerta, voz razonada, sagaz, complaciente, victoriosa, y triunfó del egoísmo del hombre que, solo y sin compañía de la mujer, quisiera imperar en los dominios de la ciencia; y el hombre prorrumpió también ahora sentimientos de admiración á su talento, apoya con su brazo, y las convida para que juntos prosigan las conquistas del saber, escondido en los abismos de la ciencia.

Oh! Las mujeres hoy con razón nos gloriamos y nos mostramos agradecidas. Llegó la época de nuestra gloria.

Por esto, como católica, educacionista y universitaria, me dirijo á vosotras las Redactoras de «La Mujer», cristianas, nobles Señoras y gloria de nuestro sexo, para engrandeceros y alabaros por vuestro tan noble y elevado empeño; para agradeceros por tan difícil como señalado servicio; y para bendeciros, porque habéis sacado á la mujer por «La Mujer» del olvido injusto en que hasta ahora yacía.

Proseguid erguidas, y coronaos con los laureles de honor y gratitud que os presenta esta humilde admiradora de vuestra esclarecida empresa. No despreciéis, pues, este pequeño grano de arena con que quiero contribuir para el pedestal de vuestra gloria.

Ojalá que vuestro sabio empeño encuentre no sólo admiradoras sino también imitadoras, para que os ayuden á trabajar en el hermoso edificio intelectual que tan generosa y sabiamente os habéis propuesto levantar, para servicio y honor de nuestra Patria.

No soy literata ni presumo de serlo. Estas mis cortas líneas son tan sólo el brote de mi corazón lleno de entusiasmo por el engrandecimiento de la mujer ecuatoriana.

DOLORÉS CABRERA EGAS.

Mayo 4 de 1905.



A la señorita Dolores Espinosa García

Corazón de madre

Hay una luz en el sendero oscuro
De nuestro incierto porvenir sobrio;
Hay un amor intenso, suave y puro
Como del cielo el matinal rocío.

Son el tesoro de inefable encanto,
Que del mortal las horas embellece;
Son el ángel que enjuga amargo llanto,
Cuando en la vida el corazón padece.

El seno maternal es arca santa
Do se encierran ternura y compasión;
Y si el pesar el ánimo quebranta,
Sólo en él halla abrigo el corazón.

Tú tienes tanto bien; con alto ejemplo,
Formando de tu vida la virtud,
Es el cielo el venerado templo
Do se ampara la débil juventud.

Cuando ilustró tu clara inteligencia
Y noble corazón su amor te dió;
La pureza y bondad cual rica esencia,
De casta madre en tu alma derramó.

Cuán feliz eres tú cuando á su lado
Saboreando los goces de la vida
Siente tu rostro el beso perfumado
Del alma de tu madre enternecida.

Si alguna vez postrada en la amargura
Ha perdido tu espíritu la calma,
Y anhelas quien comparta la tristura,
En que rebose dolorida tu alma;

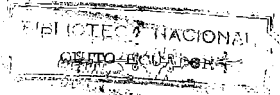
Busca sus brazos, oye de su acento
Las frases del amor consoladoras;
Ellas serán la voz, el suave aliento
Que mitigue la angustia de tus horas.

Mas yo infeliz de mí . . . Madre no tengo,
Y mi vida recorre solitaria;
Con su memoria mi pesar mantengo
Y elevo á Dios tristísima plegaria.

Quando apenas la aurora de la vida
Me mostraba su prisma de ilusión,
En la orfandad hallemme sumergida
Sin madre y sin solaz, sin protección.

Amala siempre sin turbar su calma
No le arranques jamás ¡ay! de dolor
Porque la madre es fresca y dulce palma
Que te da sombra con su dulce amor.

VICTORIA GARCÍA.



Sombra y luz

Hosco, arrebujado en su manto de nieves llega el invierno. Llega y, mudo como el dolor, imprime sobre los campos el beso gélido de la muerte!

¡Qué soledad, qué abandono en la naturaleza! Parece adormecida en perczosa y muda catalepsia.

El cielo palidece, las flores han perdido sus aromas, el bosque está solitario y silencioso, helados y vacíos están los nidos, y las golondrinas dejaron el alar hospitalario y se fueron en busca de sol, para desentumecer sus alas.

La lluvia cae incesante y monótona sobre la antes riente campiña, y mientras todo parece pálido y triste con los fríos continuados, el alma misma se abisma en el seno de la melancolía.

Pero pronto vendrá la primavera, y ese sombrío anciano tendrá que huir avergonzado de tanta juventud y tanta vida, dejando prendidos en los atrevidos picos de las montañas, jirones de su blanco sudario.

¡Primavera, un coro de alondras te anuncia ya! . . .
Llegas bañada de rosas y de luz!

¡Ah, la luz! En flameantes llamaradas inunda la dormida campiña: clispea en las palmeras cimbreantes; brilla en los frescos corimbos de los arrayanes; pósase en el oromate de las espigas y sonrío sobre la esmeralda pom-

posa de las riberas y sobre la azulada linfa que se desliza juguetona.

Puebla el bosque un coro de armonías. Las aves ebrias de luz, cantan y volotean alegremente, ¿y por qué no? Tienen un nido para sus amores y el cielo para sus cantos. En su pequeño corazón cabe todo un poema de alegría; y libres, como el elemento en que viven, cantan en la sonrosada mañana; cuando las hadas de los mirtos y nenúfares se asoman para escucharles.

Rosas, claveles y lilas brotan con profusión; crisantemos y anémonas ostentan su pompa heráldica; el azahar de los naranjos asoma blanco y puro; las arboledas envían el estremecimiento de sus frondas, tibias y perfumadas como orientales camarines, y la pradera convida con su tersa alfombra de verdura.

El cielo resplandece de alegría, azul y diáfano. El poeta canta la glauca estación de los risueños madrigales y los misterios de los pensiles. . . . Una brisa blanda y aromada invade por doquier. . . . Es el aliento de la primavera que suspira con deleite, infundiendo vida y calor en cuanto toca.

Y ante este hermoso espectáculo que ofrece Naturaleza como holocausto de la creación, ante el altar del Divino artista, ¡qué deliciosa impresión! . . . Porque también el corazón se pone de fiesta, también renace, se siente más ligero, más amante; y cansado de sus vestidos de invierno los deja para llevar las galas de primavera.

Esas galas son la esperanza que, como rayo de luz, disipa las brumas del dolor; las ilusiones al través de cuyo prisma maravilloso lo feo aparece embellecido y lo hermoso llega á verse ideal, y los recuerdos que son las miradas del alma convertidas á cada instante sobre las horas felices que pasaron.

«¡Oh primavera, juventud del año», esperanzas, ilusiones, dicha, son tus dones; luz, poesía, amor, son tus atributos!

Sólo el alma, cuando el invierno arroja sobre ella sus pálidas brumas, en forma de dolores incurables, ensueños imposibles, nostalgias infinitas, permanece triste y silenciosa; porque entonces no hay virgen primavera que las disipe y haga revivir las ilusiones que se malogran, las esperanzas que fenecen. Y cuando las alas potentes de la imaginación caen destrozadas en combate diario con el dolor, con qué amargo desaliento contemplamos

uno como sudario fatídico sobre lo que fué campo fecundo de ensueños celestiales y poéticas visiones.

Tarda entonces el amanecer para el alma y ateridos por el frío de la noche, duermen en su nido sentimientos é ideas, hasta que esta existencia terrestre se concluya.

Y después brillará la aurora, porque la Eternidad es el país del descanso y la esperanza para los que han sabido penetrar en ella con valor y dignidad.

JOSEFINA VEINTEMILLA.



A LA MARIPOSA

No envidio del ángel la paz venturosa,
Su ciclo y belleza, su luz y esplendor;
Yo envidio tu suerte, feliz mariposa,
Libando en el cáliz de púrpura rosa,
El néctar que buscas muriendo de amor.

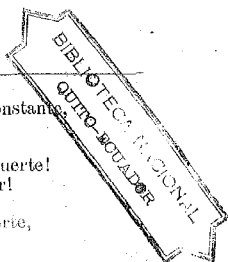
No envidio al Monarca, su cetro, su gloria;
Ni al astro que luce muy vivo fulgor;
Yo envidio la tierna, dulcísima historia,
Que encierra tu vida, fugaz, transitoria,
Feliz mariposa, que mueres de amor.

Te envidio en el aire jugando en las brisas,
Llevando en las alas el regio esplendor,
Que pasas dejando sobre esas que pisas
Las flores que en cambio te dan sus sonrisas,
Feliz mariposa, que vives de amor.

Te envidio volando sencilla en las ramas
Que ocultan, acaso, gusano traidor;
Y en medio las flores de verdes retamas,
Sollozas, suspiras y gimes porque amas,
Feliz mariposa, que lloras de amor.

Te envidio admirando la luz que refleja
El fuego que tu amas con tierno candor;
Te envidio exhalando dulcísima queja
Cuando entre sus llamas, tu amante te deja,
Feliz mariposa, que mueres de amor.

¡Qué corta es tu vida! Te envidio no obstante....
Escasa de angustias, no sientes temor
Que acaso la suerte te lleve distante,



De aquello que tu amas tan tierna y constante,
Feliz mariposa, que vives de amor.

¡Qué corta es tu vida, qué dulce es tu muerte!
¡Qué bello admirarte muriendo de amor!
Y en una risueña mirada envolverte
¡Ay, triste, envidiando tu dicha y tu suerte,
Feliz mariposa, que mueres de amor!

CLORINDA M. CHIRIBOGA.



En broma

Perros negros nos coman, si es mentira que estamos en un atoladero, por haber exhibido ante el público la hija de nuestras entrañas, no cubierta de holandas como diría Montalvo, sino ataviada con camisita de *seis de marzo*.

Pero así y todo diremos, parodiando á quien sabéis, la picaresca parece Infanta Real, aunque no gaste azafatas ni moninas.

¡Válgame Dios! y quién creyera que este pedacito de Mujer, tenga tantos augures y que hubiese levantado tanaña polvareda, cuando aún no arrastra falda de cola, ni cauda de canónigo.....

¡Pobre chica! apenas nacida hay quién le pide programa, como si fuera Presidente electo. ¿Qué será si llega á salirle el primer colmillo?

Pasaron los tiempos en que las hadas rodeaban las cunas de los recién nacidos, con sus cofres de regalo; mas á falta de hadas, nuestra poqueñuela se ve rodeada de genios, que le dicen la buena y hasta la malaventura.

Unos le pronostican días largos, con una juventud dichosa, y una vejez respetada; otros la llaman paladín, estímulo y qué sé yo cuántas cosas más; y ni siquiera ha faltado quien aflija nuestro corazón maternal, diciéndonos que morirá pronto de tisis, de anemia y hasta de pulmonía, tan frecuente en estas alturas.

¡Hija de mi vida, morir tú! ¿Qué le daremos? Cerebrina, bacalao, emulsión de Scol?

Cierto es que la pobrecita ha nacido sietemesina, pero es linda como un oro y tenemos la esperanza de que vivirá, creyendo con Dn. Ricardo, «que de menos hizo Dios á Cañete».

Para nosotras, sus madres, es tan graciosa la chiquilla! Verdad que tiene un ojo azul y otro negro, pero es que quiere agradar á todos.....

Los comadrones dicen que será patizamba; malhaya con los malintencionados!

Ella es inofensiva como una agüita de malva; ¿por qué dirán que se nos va á morir?

¿Y si fuera cierto ó si en vez de acabar de anemia ó pulmonía ¿se nos muere de inanición?

No llores, no lo creas, las que te queremos hemos de hacer lo posible para que vivas, y quizá en llegando tú á los quince, como no hay *quince* feos, puede que te salga un novio, hasta rubicundo; por lo pronto, ya que tus desventuradas madres no podemos ir al Congreso, te haremos un ajuar siquiera sea de nuestras faldas y, en brazos no de una nodriza, porque ellas no pisan esos umbrales, sino en los de algún varón ilustre te enviaremos al templo de las leyes; donde quién sabe si viéndote débil y malherida no te doten Sus Señorías, en proporción de los haberes del procomún del Estado.

Como decíamos que las hadas ya no protegen á los niños, y como estamos en los tiempos prosaicos de la conveniencia, te hemos echado el agua del socorro por si acaso y por no tenerte *mora*, pero es bueno que lo sepas; elegidos tienes dos padrinos acaudalados y rumbosos: el Congreso de 1905 y Dn. Lizardo García, si estos señores lo tienen por conveniente.

¡Ah! si después de tantas esperanzas murieras! ¡Qué pena tan grande para nosotras; qué perdida tan irreparable! Pero consuélate, que si quiera no irás al Limbo, y que, sobre todo, tus madres te han de sentir como lo mereces, á bien que somos muchas para llorarte y que muchos están para enterrarte.

ZOILA UGARTE DE LIANDÍVAR.



VARIETADES

De la lectura.—LOS LIBROS son á la humanidad lo que la memoria es al individuo. Contienen la historia de la especie humana, sus descubrimientos, la subiduría y la experiencia acumuladas de los siglos; son el espejo de las maravillas y hermosuras de la naturaleza: nos sostienen en nuestras desgracias, nos consuelan en nuestras penas y tristezas, convierten nuestras horas de tedio en horas de delicias, llenan nuestro espíritu de ideas, de pensamientos sensatos y bienhechores, nos hacen salir de nosotros mismos y de nuestras miserias.

Hay un cuento oriental en que se trata de dos hombres, uno de los cuales era rey, pero que soñaba todas las noches que era mendigo; por el contrario, el otro era mendigo y soñaba todas las noches que era rey, y que vivía en un palacio. No sé si el rey era el más feliz de los dos. La imaginación es á veces más viva que la realidad. Sea como fuere, la lectura nos per-

mite ser verdaderos reyes, si queremos, y habitar en los más suntuosos palacios; y, lo que aun vale más, nos transporta ante las montañas ó el mar, á las más bellas regiones del mundo, sin fatiga, sin hastío y sin gasto.

Hanse comparado á menudo los libros con los amigos. Pero, mientras que entre nuestros compañeros la implacable muerte se complace en quitarnos los mejores y mejor dotados, el tiempo, por el contrario, mata los malos libros y purifica los buenos. Muchos hombres que disfrutaron de todos los beneficios de la fortuna, afirman que en la LECTURA es donde encontraron su mayor felicidad.

Ascham hace en su *Maestro de escuela* el conmovedor relato de su última visita á lady Jane Grey. La encontró sentada en el hueco de la ventana saliente, ocupada en leer la hermosa descripción de la muerte de Sócrates, en Platón. Sus parientes cazaban en el parque; ladraban los perros; se les oía por la ventana abierta. Díjola él su sorpresa al no verla fuera, á lo cual contestó: «Segura estoy de que todo el placer que saborean en el parque, no es sino una sombra en comparación del que yo experimento al leer mi Platón».

Macaulay era rico, poderoso, célebre, sano; y sin embargo, en su biografía dice que las horas más dichosas de su existencia á los libros las debió. En una encantadora carta á una niña pequeña, exclama: «Gracias te doy por tu lindísima carta. Mucho me alegro de poder contentar á mi querida niña, y nada es tan grato como ver que le gustan los libros; pues cuando sea tan grande como yo, verá que valen más que todos los pasteles y dulces, que todos los juguetes y espectáculos, y que las diversiones de sociedad. Si yo pudiera ser el rey más grande de la tierra, con palacios y jardines, hermosas comidas y buenos vinos, magníficos trajes y cientos de criados, pero á condición de no tener nunca libros que leer, no querría ser rey; preferiría ser un pobre en una bahardilla, con un montón de libros, que un rey á quien no le gustase la LECTURA».

En efecto, los LIBROS nos dan la llave de palacios encantados. Dice Juan Pablo Richter: «Se ve más á distancia desde el monte Parnaso, que desde un trono». Hasta nos dan una idea más viva de las cosas, que la misma realidad. Y si un libro no nos interesa, no siempre tiene la culpa el libro. Saber leer es un arte. Leer de un modo pasivo no vale gran cosa. Todo el mundo cree saber leer y escribir, cuando en realidad poquísimas personas SABEN escribir, ni aun leer con fruto.

«Más enseña el estudio en un año que la experiencia en veinte, dice Ascham. Enseña aquél sin peligro, al paso que ésta nos da más sufrimiento que sabiduría. Pésimo capitán es el que no llega á ser maestro sino á fuerza de hacer naufragios; ruin mercader es el que sólo llega á ser rico á fuerza de quitbras. La sabiduría que se compra con la experiencia cuesta muy cara».

La elección de libros, como la de amigos, es un DEBER importante. Somos tan responsables de lo que leemos como de lo que hacemos. Un buen libro, repitiendo las nobles palabras de Milton, «es la sangre preciosa y vital de un ingenio maestro.

embalsamada y preservada expresamente para una vida que superará á su vida».

Para sacar de nuestros libros, no digo tan sólo el mayor beneficio, sino sencillamente el mayor goce posible, es preciso leerlos para *instruir* á nuestro espíritu más bien que para recrearlo. Los libros de fácil y amena lectura son útiles, como el azúcar forma una parte importante de nuestra alimentación; pero no podemos vivir sólo de eso.

Hay libros que nada valen: leerlos sería perder el tiempo. Los hay tan perniciosos; que no se pueden leer sin mancharse. Casos hay en los cuales conviene estar advertidos de los riesgos y tentaciones de la vida; pero todo lo que con el mal nos familiariza, es un mal. Hay libros, en abundancia por fortuna, que es imposible leerlos sin sentirse mejor. Los libros más hermosos nos elevan hasta las regiones de pensamiento desinteresado, en que toda consideración personal llega á ser insignificante, y en que se olvidan todos los cuidados y zozobras de este mundo.

JUAN LUBOCK.

El matrimonio. Si la inclinación de tu corazón, y la idea de tu bienestar te determinan al matrimonio, acérrate al altar con santos pensamientos, con un verdadero propósito de hacer feliz á aquella que te confía el cuidado de sus días, que abandona el nombre de sus padres para tomar el tuyo, que te prefiere á todo cuanto hasta entonces más ha querido, que espera por tí dar vida á nuevas criaturas inteligentes, llamadas á poseer á Dios.

¡Triste prueba de la inconstancia humana! La mayor parte de los matrimonios que se contraen por amor, van acompañados de pensamientos solemnes, se sancionan con entera voluntad de bendecirlos hasta la muerte, y dos años después; talvez á los pocos meses, los consortes dejan de amarse, se sufren con pena, se ofenden con recíprocas reconvenções llegando á olvidar uno y otro la mutua generosidad que deben dispensarse.

¿De dónde nace esto? En primer lugar de no haberse conocido bien uno y otro antes de las bodas. Obra con cautela en la elección, asegúrate de las buenas cualidades de la amada, porque sino eres perdido. Á más de esto, el desamor nace de la debilidad en sucumbir á las tentaciones de la inconstancia, de no estar pronto á decirse cada día: *El juramento que hice era debido, quiero ser firme en cumplirlo.*

En ésta, como en cualquiera otra circunstancia de la vida, ten presente que con gran facilidad pasa el hombre al mal; advierte que lo que le hace despreciable, es siempre la falta de una esforzada voluntad, y lo que más llena la sociedad de torpezas y calamidades es la debilidad de carácter.

Un matrimonio sólo puede ser feliz con esta condición: cada uno de los dos esposos debe prescribirse como su obligación primera, esta resolución inalterable: *Quiero amar y honrar siempre el corazón á quien he dado la posesión del mío.*

Si la elección fué buena, si uno de los corazones no estaba de antemano pervertido, no es fácil que pueda pervertirse en hacerse ingrato, cuando el otro le colma de dulces agasajos y generoso amor.

El marido que fué querido por su esposa, no deja nunca de serlo si no se hace groscro, ó al menos negligente para con ella, ó no incurre en otros defectos.

El alma de la mujer es naturalmente dulce y agradecida, propensa á amar en muy alto grado al hombre que es constante en merecer su estimación. Pero por lo mismo que es muy sensible, se ofende fácilmente con el desapego del marido, y con todas aquellas faltas que pueden degradarlo.

Este enojo de la mujer, puede lanzarla en una irresistible antipatía, y en todos los extravíos que de ella se originan. La desventurada será entonces altamente criminal; pero su marido será la causa de sus delitos.

No se borre jamás de tu pensamiento esta persuasión: «Ninguna mujer que en el día de las bodas era buena, pierde su bondad en compañía de un esposo que continúe teniendo derecho á su amor, y haciéndose digno de él».

Para tener derecho de un modo durable al amor de una esposa, es necesario no perder las prendas que le hacían amable á sus ojos; es menester que la intimidad conyugal no exima al marido de la reverencia y cortesía que la manifestaba antes de conducirla al altar; que no se constituya necliamente en esclavo suyo, haciéndose incapaz de corregirla, ni tampoco haga pesar sobre ella una autoridad despótica, ni la corrija con aspereza; es menester que la mujer tenga por qué formar un alto concepto del juicio y de la rectitud de su marido, y que pueda gloriarse de ser su consorte, y de estarle sujeta; que la dependencia en que se halla respecto á su esposo, no sea impuesta por la altanería de éste, sino querida por ella, por amor y por un sentimiento de la verdadera dignidad de aquél, y de la suya propia.

Aunque hayas hecho la mejor elección posible de una mujer, y tengas la certeza de que la adoran eminentes virtudes, no te induzcan estos antecedentes á creer menos necesario por tu parte, un incesante empeño en aparecer amable á sus ojos; no digas: «es tan perfecta que me perdona todas mis faltas; no necesito estudiar el modo de hacerme querer de ella, pues siempre me ama igualmente».

¡Cómo! ¿por qué es tanta su bondad, has de ser tú menos solícito en complacerla? No te alucines; cabalmente porque su alma es delicada, la indiferencia, la descortesía y los desaires, le serán más desagradables y aflictivos.

Cuanto mayor es la amabilidad de sus modales y sentimientos, tanto más necesita encontrarla igual en tí. Pero si no la encuentra, si te ve pasar de la seductora cortesía de un enamorado al insultante desvío de un perverso marido, ella por virtud se esforzará continuamente en amarte, á pesar de tu indignidad; pero serán vanos sus esfuerzos. Te perdonará, pero no podrá amarte y será desgraciada. ¡Ay! entonces, si su virtud no fuese á toda prueba, y si otro hombre consiguiese agradarla! ¡Su corazón, poco apreciado y mal guardado por tí, podría ser presa

de una pasión culpable, de una pasión funesta á su paz, á la tuya y á la de tus hijos!

Muchos maridos se encuentran en este caso, y las mujeres que ellos maldicen, eran algún día virtuosas. ¡Las infelices se extraviaron porque no eran amadas!

Habiendo dado á una mujer el sagrado título de esposa, debes consagrarte á su felicidad, como ella es tuya, pero el deber que á tí te incumbe es mayor, porque ella es criatura más débil y tú, por lo mismo de ser más fuerte, le eres mayormente deudor de todo buen ejemplo y de todo auxilio.

SILVIO PELLICO.



NOTAS

Sociedad «Cervantes».— Esta simpática asociación, que viene dando ejemplo de constancia en el noble propósito que se impuso en el terreno de las ciencias y las letras, acaba de celebrar con lucimiento el tercer centenario de la aparición del *Quijote*. En efecto, la Velada literario-musical que se verificó el sábado 13 del mes corriente, dejó satisfecho al público ilustrado que concurrió á solemnizarla con su asistencia. Trozos de óperas, clásicas alternaron con poesías y discursos que merecieron vivos aplausos, por la corrección artística con que fueron ejecutados y leídos. Una vez terminado el acto se distribuyeron tarjetas conmemorativas y el número de gala de «Alboros Literarios», Revista que sirve de órgano de la Corporación. Este número que es el 8º tiene la particularidad de estar ilustrado con el retrato del inmortal Manco de Lepanto y un pasaje de su obra en referencia: ambas, magníficas reproducciones hechas en fototipia por el Sr. José Domingo Laso. La marcha «Cervantes» dedicada por el músico Valdivieso á los jóvenes de la Sociedad fué ejecutada en el piano por su mismo autor con la maestría que acostumbra.

Para abstenernos del elogio á los escritores de la expresada Revista, basta enunciar sus nombres copiando á continuación el sumario respectivo. Pero antes séanos permitido hacer notar una circunstancia muy significativa que dió tanto realce á la fiesta: ella consiste en el gusto artístico con que estuvieron colocados entre pabellones y coronas de mirto y laurel los retratos de Cervantes y Montalvo; el uno al frente del otro reflejando en sus hermosas frentes la gloria conquistada para el mundo, que es la patria de los genios.

He aquí el sumario:

Una palabra, por la Dirección.—Cervantes!, por Víctor M. Arriegui.—Cervantes, por Celiano Monge.—Cervantes y Montalvo, por Roberto Andrade.—A Cervantes, por M. A. Fernández Córdova.—Dos Genios, por Angel R. Porras.—El Quijote, por Alejandro Andrade C.—El Quijote, por B. Quevedo.—Inscripción, por José Antonio Calcaño.—Mi contingente, por Aparicio Ortega.—A Cervantes, por Rosendo Uquillas B.—La mujer ante Cervantes, por Segundo M. Rivera.—Prontísima reparación, por Nuno P. Llona.—Notas.—Ilustraciones.

LAS RR.

«La mujer» - agradece de la manera más cordial el cortés saludo y las palabras de aliento, que todos los órganos de la prensa nacional le han dirigido con motivo de la publicación del primer número. Tan nobles sentimientos, en favor del bello sexo, son propios de almas generosas, y que como tales nunca pueden abrigar egoísmo.

Ha recibido puntualmente los canjes.

Invitación.—Hemos recibido varias composiciones remitidas de algunas capitales de Provincia, las mismas que serán publicadas en los números próximos de la Revista. Aprovechamos la ocasión para manifestar que sus páginas están á la disposición de todas las señoras y señoritas que cultivan las letras en el Ecuador, con tal que sus producciones no vengan suscritas con pseudónimos.

—El Sr. Puig, profesor de Litografía en la Academia de Bellas Artes, ha mejorado la portada de esta Revista; le enviamos nuestros aplausos y reconocimiento.

Dirección.—«La Mujer».—Quito, Ecuador. — Apartado N° 203.





DE LITERATURA Y
VARIEDADES

Nº 3

Quito, Junio de 1905.

SUMARIO:

El periodismo, por Zoila Ugarte de Landívar.—
A la Sra. Dña. Mercedes G. de Moscoso, por Carolina Febres Cordero de Arévalo.—*Educación*, por Dolores Flor.—*Hoja de ciprés*, por Delia C. de González.—*Doble Sacrificio*, por Mercedes González de Moscoso.—*Postal*, por Ana María Albornoz.—*Carta íntima*, por Lucila Montalvo.—*Condolencia*, por Isabel D. de Espinel.—*¡Pobre Muria!*, por María Natalia Vaca.—*Ayes de Eloisa*, por Clorinda M. Chiriboga.—*A María Antonieta Staffy Aguirre*, por Dolores Sucre.—*Ambato*, por Zoila Ugarte de Landívar.—*En el campo*, por Rosario Carrión Burneo.
Variadas. Notas.

Imp. de la Sociedad "Gutenberg", por Francisco E. Valdez.